

JOAQUÍN ALMUNIA AMANN
Comisario de Competitividad de la Unión Europea

SOCIALISMO Y MERCADO

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia europea empieza a desarrollar su modelo social en el marco de la economía de mercado. La combinación de las ideas de Keynes y Lord Beveridge, es decir de una política económica concebida para la Gran Depresión en Estados Unidos en los años 30 por una parte, y la propuesta de construcción de un Estado de bienestar siguiendo en lo sustancial el esquema anglosajón por otra, es el modelo que la socialdemocracia abraza a partir de 1945.

Finalizado el conflicto mundial, comienza una época denominada los "treinta años gloriosos" en la que el crecimiento económico no constituía realmente un motivo de preocupación. El aumento del PIB y del empleo venían prácticamente dados por las políticas económicas al uso. De lo que se trataba era de extender los frutos del crecimiento y de redistribuirlos de la forma más eficaz y equitativa posible. Por tanto, podemos decir que la socialdemocracia abrazó la economía de mercado a cambio de una redistribución del crecimiento.

La redistribución por el lado de los ingresos y de los gastos es el rasgo distintivo de la socialdemocracia, en el que se han formado varias generaciones de socialdemócratas. El esfuerzo redistributivo ha sido, desde luego, mayor con gobiernos socialdemócratas que con gobiernos de centro o de centro derecha.

El mercado no lo resuelve todo

En este sentido, la socialdemocracia nunca ha estado de acuerdo con el "laissez faire" sin límites. Abrazar la economía de mercado no significa pensar que el mercado lo resuelve todo. Existen fallos y carencias importantes en su funcionamiento; éste es incapaz por ejemplo de proporcionar una educación y una sanidad universal, un buen sistema de pensiones o una protección adecuada frente al desempleo. Para todo ello se necesita la intervención del Estado y esa intervención la ha protagoniza básica –aunque no exclusivamente- la socialdemocracia.

Cuando comienza la transición democrática en España en la década de los 70, tenemos que hacer frente a las dos crisis del petróleo, con una tasa de paro no tan elevada como la actual pero quizás más dañina, ya que la cobertura por desempleo era entonces mucho más reducida, el nivel de recursos de las familias era menor y los servicios públicos estaban menos desarrollados. Es en este contexto en el que a partir de la gran victoria electoral de 1982 tenemos que hacer lo que otros países habían construido desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la década de los 70.

Y es entonces cuando surge un debate, lanzado por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, que se centra en el rechazo de la intervención estatal, se muestra favorable a la desregulación y está en contra del aumento de la presión fiscal y del gasto público. Esta corriente, que hoy denominamos neoliberalismo, thatcherismo o reaganismo, se traduce en una estrategia de liberalizaciones y privatizaciones que en un primer momento no alcanza a España. Nosotros avanzamos más bien en la dirección contraria, protagonizando la construcción del Estado de bienestar. En 2007-2008, antes del inicio de la crisis que padecemos

ahora, España ya se ha alineado en lo sustancial con el núcleo de los países europeos avanzados en términos de tamaño del sector público. Nuestra presión fiscal era hace cinco años algo más baja que la media de la UE -lo cual tiene su lógica ya que nuestra renta per cápita es todavía inferior a la media- y nuestros servicios públicos similares al de muchos países europeos, aunque el gasto social todavía quedaba algo rezagado.

A lo largo de las dos décadas anteriores al estallido de la crisis nace y se propaga un virus al que, desde la socialdemocracia europea no hemos sabido responder con eficacia y contundencia. Me refiero a la extensión de algunos aspectos importantes del paradigma neoliberal a la socialdemocracia. A partir de mediados de los 90 la mayoría de los gobiernos de la UE están dirigidos por socialdemócratas, pero a pesar de su hegemonía la izquierda no sabe o no acierta a responder a determinados desafíos como el envejecimiento de la población, los flujos migratorios o el surgimiento de los países emergentes. Fueron años desperdiciados para asentar un modelo alternativo al neoliberalismo para afrontar esos desafíos.

Una actitud conservadora

Hay que decir que en este debate los socialdemócratas nunca se han sentido cómodos. Nuestra estrategia política no ha sabido contraponer un paradigma nuevo, adaptado a las nuevas circunstancias, que supere, actualice y adapte el proyecto socialdemócrata tradicional a una sociedad en constante evolución. Hemos tenido una actitud defensiva en vez de definir una línea política sintiéndonos cómodos con nuestras propuestas. El modelo enarbolado por los conservadores es apoyado, en gran medida, por las clases medias que ven con buenos ojos la

reducción de impuestos o la posibilidad de poder elegir entre los servicios públicos y su alternativa privada. Y ese modelo alcanza y contamina a una parte de las políticas que llevan a cabo algunos gobiernos socialdemócratas. Cuando no se cruzan las líneas y no se abrazan las posiciones del adversario, en vez de plantear una alternativa orientada hacia el futuro, capaz de dar respuestas a los nuevos problemas, se intenta muchas veces acudir a los viejos manuales, con lo que la socialdemocracia va tomando una orientación que podemos denominar, con los matices que corresponda, conservadora.

Ha habido un intento de modernizar y de adaptar las políticas socialdemócratas al siglo XXI: la llamada "tercera vía", lanzada por los laboristas británicos -el "New Labour"-, que dio lugar en los 90 a debates de gran interés, intentando responder a la pregunta de qué tipo de políticas la sociedad del siglo XXI espera de un partido socialdemócrata. Pero los errores cometidos en su etapa de gobierno por quién protagonizó la expresión política de ese esfuerzo de renovación, y la trivialización del esfuerzo de reflexión cediendo a la tentación de reducirlo a una campaña mediática, hizo que en la década siguiente la experiencia acabase en fracaso.

En la actualidad, no veo por desgracia entre los partidos socialistas y socialdemócratas europeos un esfuerzo de renovación política y redefinición estratégica que esté a la altura de los desafíos actuales: la pérdida de poder adquisitivo, el aumento del paro y de la desigualdad, la pérdida de peso y de protagonismo de nuestro electorado tradicional, las consecuencias de los cambios profundos que están teniendo lugar y que se aceleran como consecuencia de la crisis. Por referirme a nuestra principal seña de identidad, si los socialdemócratas no nos ocupamos de la desigualdad, será difícil que fuerzas políticas

más conservadoras lo hagan. Y, honestamente, carecemos de un discurso claro y potente sobre un tema tan clave como el aumento de las desigualdades que llegue con rapidez y contundencia a los ciudadanos.

Reformas estructurales

Quizás, el terreno donde mejor se aprecia la pérdida de credibilidad de nuestras propuestas tradicionales es en nuestra estrategia de política económica. Por citar algunos ejemplos del debate actual:

El sistema financiero tiene que favorecer el crecimiento y para ello debe financiar nuevas iniciativas empresariales. ¿Cómo hay que abordar la reestructuración de los bancos? ¿Qué hay que hacer para que vuelvan a dar crédito, sin caer de nuevo en una burbuja financiera? ¿Cómo velar para que los ciudadanos no sean quienes carguen sobre sus espaldas con todo el peso de esa reestructuración? Por supuesto, ello exige abordar y discutir aspectos tales como las estructuras retributivas, los bonus, y lo que cada año se llevan al bolsillo los consejeros o los altos ejecutivos de algunas entidades financieras.

Respecto de la consolidación fiscal, hay que asumir con naturalidad que la reducción del nivel de endeudamiento excesivo es algo perfectamente acorde con los principios y valores de la buena política. Es más, tal esfuerzo es imprescindible cuando nos encontramos en una situación de acumulación de deuda pública y privada como la actual. Y no me refiero únicamente a España sino a otros países europeos. De lo que nos debemos ocupar es de discutir qué ajustes hay que llevar a cabo y cómo hacerlo, cuáles son las prioridades y qué sectores deben quedar al margen.

Del mismo modo, el debate sobre la necesidad de llevar a cabo reformas estructurales es estéril. Sin ellas, no hay futuro. Desde nuestro punto de vista lo que resulta imprescindible es determinar qué reformas hay que llevar a cabo para retomar la senda del crecimiento, cuáles son las prioridades de cada una de ellas, cómo se reparten los esfuerzos y los beneficios. Y argumentar con convicción que una economía más eficiente y competitiva requiere niveles de cohesión elevados y una atención permanente a la reducción de las desigualdades.

La dimensión europea

Por último, para todo ello necesitamos incorporar la dimensión europea. Europa ha sido para España un referente de paz, de libertad, de democracia, de protección de los derechos humanos y las libertades fundamentales, de bienestar y de un modelo social. En estos momentos, Europa es además el espacio imprescindible para el éxito de las políticas económicas. Un país por sí solo, incluso si tiene el peso económico de Alemania, no es capaz de afrontar con éxito los retos que todos tenemos planteados. Frente a quienes intentan refugiarse en una visión arcaica de la soberanía nacional, nosotros tenemos que explicar que sólo uniéndonos en el espacio europeo seremos capaces de recuperar autonomía y soberanía, en un contexto que va a seguir estando caracterizado por grados crecientes de globalización.

Debemos ser ambiciosos y mirar al futuro sin miedo. Y ello exige apostar por la profundización de la integración europea. Europa es la dimensión mínima imprescindible para poder tomar decisiones con autonomía en un mundo global. De lo contrario, serán otros los que nos impongan sus decisiones. En muchos casos, serán los mercados. En

otros, terceros países. Europa tiene que ser capaz de superar sus diferencias, dejar de lado la defensa de pequeños intereses particulares y avanzar en su proceso de integración política. De lo contrario, nuestros socios (EEUU, Rusia, China, India) empezarán a dejar de considerarnos relevantes y fiables a la hora de buscar interlocutores adecuados.

Hoy, Europa es mucho más que la posición de un determinado gobierno en relación con la disciplina fiscal. Igual que ayer, la UE ha representado para la España democrática mucho más que el dinero procedente de los Fondos estructurales. Todavía nos falta recorrer un largo camino en términos de integración. Pero cada vez tenemos menos tiempo para avanzar decididamente en esa dirección. La mayor integración de la Unión Económica y Monetaria, la de las políticas fiscales, financieras, tributarias o presupuestarias, sólo es posible llevarla a cabo a través de decisiones políticas que, como en el inicio de la integración europea, exige el concurso de las principales familias políticas.

En el comienzo del proceso de integración europea, los socialdemócratas nos incorporamos al proceso, en cierta medida, a remolque de los demócrata-cristianos. Hoy en día, sin embargo, la derecha y el centro derecha no van a encabezar la integración europea ya que ceden permanentemente a la tentación de refugiarse en el ámbito nacional adoptando actitudes defensivas e insolidarias frente a sus vecinos y socios.

Un ejemplo reciente ha sido la actitud de Sarkozy que, en la campaña para las recientes elecciones en Francia, adoptó una posición de crítica a Alemania y a España y llegó a poner en tela de juicio logros de la integración europea como Schengen. No es el único, como vemos diariamente en el Reino Unido, Holanda, Finlandia y otros países con

gobiernos conservadores. Esta es una tentación de la derecha en la que la izquierda no puede ni debe caer. Si existe en este momento una fuerza política capaz de liderar y encabezar la integración europea, es la socialdemocracia. Y no habrá posibilidad de impulsar una política de crecimiento con éxito si nos basamos en un motor de integración política fuerte.

Una integración política que exige, al lado de políticas económicas eficaces, una preocupación por mejorar el control democrático y la capacidad representativa de las instituciones europeas, que están llamadas a adoptar decisiones y a desarrollar estrategias que hasta esta crisis estaban encomendadas en exclusiva a cada uno de los Estados miembros.

Gobernar los mercados

Por lo tanto, gobernar sobre los mercados es una condición necesaria para el desarrollo de un proyecto socialdemócrata atractivo y creíble, capaz de adaptar a las necesidades y características de la sociedad del siglo XXI el modelo que fuimos capaces de poner en pie en el pasado. Ese nuevo proyecto requiere un proceso serio de reflexión y de debate, huyendo de la tentación de seguir confiando en fórmulas y propuestas que ya tienen poco que ver con la sociedad de hoy y con las aspiraciones de los ciudadanos. Y uno de los elementos claves para articularlo es, sin duda, la dimensión europea. Sin ella, nuestra voz se escuchará menos y quedará distorsionada por quienes tratan de refugiarse –sin aprender de los errores del pasado– en el populismo y el proteccionismo.